

Stiffelio en Bellas Artes

por José Noé Mercado



Alfredo Daza (Stankar) y Violeta Dávalos (Lina)

Al finalizar los años 40 del siglo diecinueve, Giuseppe Verdi dejaba atrás los años de galera; aquellos cuando componía a destajo —incluso tramas que no le atraían del todo— en esencia para sobrevivir.

Si bien destacan *Rigoletto* (1851), *Il trovatore* (1853) y *La traviata* (1853) de su etapa intermedia —esa en la que “el Oso de Busseto” no sólo hizo evolucionar el *bel canto* italiano del que procedía, sino que encontró una voz particular e indiscutible en la lírica universal—, hay títulos que articulan esa transición; que la hacen visible. Entre ellos, *Stiffelio* (1850), con libreto de Francesco Maria Piave, y que, con su trama sobre un pastor protestante y su mujer adúltera, ciertamente no es ni la más popular ni la más socorrida en las temporadas operísticas internacionales (aunque recientemente se ha presentado en el Met, Covent Garden y París).

La Ópera de Bellas Artes (OBA) ofreció cuatro funciones de *Stiffelio* los pasados 4, 7, 17 y 20 de octubre en el Teatro del Palacio de Bellas Artes, en lo que significó su estreno en el recinto. La rareza de programación de este título se consideró a partir de que en 2017 la soprano **María Katzarava** y el barítono **Alfredo Daza** lo interpretaron en versión de concierto en Berlín, Alemania, y la directiva de OBA consideró propicio que también se presentaran en nuestro país, ya que tenían aprendidos sus respectivos roles: Lina y Stankar. Katzarava quedó fuera del proyecto, ya que las fechas contempladas originalmente fueron cambiadas, y la soprano ya había aceptado cantar *Aida* en Estocolmo.

Pero Daza sí participó y brilló de manera particular en el elenco, gracias a la calidad de su canto. Stankar es un rol que, además de quedarle cómodo a su registro, le permitió mostrar el hilvanado elegante de su fraseo, la contundencia de su emisión dramática y una gran musicalidad que sumó a su decidida presencia escénica, un asunto no menor si se considera que se trató de una versión semiescenificada, a cargo de **Daniela Parra**.

Para el rol de Lina se echó mano de **Violeta Dávalos**, soprano que abordó la partitura con inteligencia, en búsqueda de un aire vocal estilístico más que de estridencia dramática. Y le funcionó, ya que de esa manera logró pasajes cálidos y expresivos que no sólo cubrieron de la cuenta final algunas notas calantes en el registro alto, sino que lucieron el grato color que caracteriza su instrumento.



Escena de *Stiffelio* en Bellas Artes, con Luis Chapa

En el protagonista, podría decirse que el tenor **Luis Chapa** interpretó a su personaje en dos vías. En la mejor de ellas, de una manera energética, entregada y temperamental, que concretó su debut en Bellas Artes, luego de diversas presentaciones a lo largo de su carrera en el resto del país y fuera de sus fronteras. En la otra, con una voz carente de emisión homogénea. Bella y sólida en el centro, pero débil y estrecha en el agudo. Con un vibrato disparejo que, al sostener notas, delata cierto trémolo. Por ello, encuentra alivio en el fraseo breve, de corto aliento, que priva, sin embargo, de la belcantista línea de canto de ese Verdi intermedio. Su cuerda, si bien en su repertorio presume roles dramáticos cuasiheroicos, donde más lució fue en los pasajes de mayor lirismo; o de menor conflicto.

Con actuaciones correctas, aunque sin mucha posibilidad para ir más allá de ello, complementaron el elenco los tenores **Andrés Carrillo** (Raffaele) y **Ángel Ruz** (Federico di Fregel); el barítono **Enrique Ángeles** (Jorg); y la mezzosoprano **Rocío Tamez** (Dorotea).

La semiescenificación se compensó un poco gracias al vestuario de época (Alemania, en los inicios del siglo XIX) de **Estela Fagoaga**, al mobiliario de **Érika Gómez** y al combate escénico propuesto por **Juan Carlos Remolina**.

Del Coro del Teatro de Bellas Artes, bajo la dirección huésped de **Pablo Varela**, podrían haberse pasado por alto algunas entradas inseguras, pero no que al fondo del escenario cantaran en total plan de concierto con partitura en mano, lo que hace especular sobre cuán comprometidos estuvieron con la obra y su presentación. Son pocos los títulos operísticos del año en la OBA, como para que uno de sus grupos artísticos no tenga el tiempo de aprenderse uno de ellos de manera íntegra, lo que habría evitado romper justamente la ficción semiescenificada.

Como director concertador se contó con la presencia del alemán **Felix Krieger**, quien dio a la obra una lectura mesurada en todos los sentidos. Tanto en lo musical, como en el drama sonoro proveniente de la Orquesta del Teatro de Bellas Artes. Claro está que el equilibrio en un conflicto psicológico y moral como *Stiffelio* puede antojarse muy poco romántico. Y quién sabe si el público mexicano vaya a presenciarlo de nuevo en el corto y mediano plazo. ●